

Los Hombres de Wellington: “Amigos en el Averno”. La amistad, conjunto emocional de supervivencia entre las tropas británicas. España y Portugal, 1808-1813

Wellington’s Men: “Friends in the Avernus”. Friendship, emotional set for survival among the British troops. Spain and Portugal, 1808-1813

José Gregorio Cayuela Fernández
Universidad de Castilla-La Mancha

Recibido: 03.12.2014
Aceptado: 10.04.2015

RESUMEN

La intervención de las tropas británicas durante las Guerras Napoleónicas, a lo largo de los territorios de España y Portugal, representa un amplio episodio histórico en el que se desarrollaron múltiples factores sociales y emocionales. En el presente texto nos adentramos en un apartado específico de aquel proceso: el papel de la *amistad* entre los combatientes como *pauta de emociones* para la convivencia y supervivencia diarias a lo largo de la guerra. Al respecto, los testimonios dejados por multitud de aquellos hombres durante las décadas posteriores al conflicto serán la base de las fuentes documentales que nos permitan una cuidada labor de cuantificación y de cualificación, por frecuencia léxica de situaciones, para el estudio del período 1808 – 1813, posibilitando una nueva *visión transversal* sobre la temática, así como su incidencia emocional en las mentalidades del devenir bélico peninsular.

PALABRAS CLAVE: Amistad, Emociones, Británicos, Napoleón, Península

ABSTRACT

The intervention of British troops in the Napoleonic Wars, throughout Spain and Portugal is a great historical episode in which multiple social and emotional factors were involved. This paper deals with a specific aspect of that process: the role of *friendship* between the soldiers as an *emotional framework* for daily coexistence and survival throughout the War. In this regard, the testimonies left by many of these men over the post-conflict decades will be the basis of the documentary sources to study the 1808-1813 period through detailed quantification and qualification work which takes into account the lexical frequency of situations. This will open a new *transversal vision* on this question and will provide new insight on its emotional effect on Peninsular War history mindsets.

KEY WORDS: Friendship, Emotions, British, Napoleon, Peninsula

A lo largo de la fase histórica comprendida entre 1808 y 1813, multitud de soldados británicos cayeron en los campos de batalla de las geografías española y portuguesa como aliados de la resistencia contra las unidades imperiales francesas. ¿Cómo fueron sus relaciones colectivas y personales de *amistad* durante esta larga etapa?; ¿qué tipo de lazos de convivencia y compañerismo mantuvieron entre sí en función de dicha *amistad*? En definitiva, ¿cuál fue el grado emocional que alcanzó *la amistad* en aquella parcela histórica como factor de cohesión y supervivencia? No hemos encontrado referencias historiográficas específicas que enfoquen la temática sobre los combatientes británicos desde esta perspectiva, con lo cual la capacidad de innovación del presente estudio posiblemente ayude a una mejor comprensión de tal fenómeno.

Todo ello dentro de los contenidos que representa *la historia de los hombres en situaciones radicales* como contrapunto a la argumentación de la *historia del poder* dentro de la *Era Napoleónica*. Es decir, se trata del análisis de una pauta específica en las mentalidades de la *historia de la sociedad en guerra* como complemento estructural a la *historia de los protagonistas del proceso de toma de decisiones*. En último término, nos orientamos hacia la percepción profunda del binomio que supuso *la amistad en el combate y el combate en la amistad*, a modo de compendio de factores emocionales claves para la explicación de parte de aquel complejo proceso¹.

1. UNA FORMA DE INTRODUCCIÓN: BRITÁNICOS, AMISTAD Y GUERRAS NAPOLEÓNICAS EN ESPAÑA Y PORTUGAL

La amistad es un vínculo de carácter afectivo entre individuos que aglutina complejos procesos emocionales de intensidad variable a lo largo de la vida humana. Sus pautas metodológicas son plausibles y mensurables: *confianza, entrega, permanencia, estabilidad, tolerancia y lealtad*. La evolución de dicho proceso se encuentra sujeta a las circunstancias coyunturales del acontecer general y a la formación cultural de cada persona (bien individualmente, bien en sociedad). No obstante, es además perfectamente reconocible como un conjunto de actitudes positivas entre los individuos. Estas circunstancias nos conducen a definir el perfil genérico que encauza nuestras actuales líneas de estudio. Para empezar, hemos de hacer notar que se trata de un análisis articulado sobre la *causalidad múltiple* y, por ende, sobre procesos de carácter *interdisciplinar*, donde no sólo intervienen los planteamientos históricos como tales, sino que además estos se encuentran interrelacionados con elementos científicos procedentes de la sociología, la antropología y la psicología vinculada al conocimiento histórico².

1 Los argumentos científicos sobre el concepto de *amistad* para este texto se apoyan genéricamente en las aportaciones que sobre dicho proceso de las mentalidades han realizado, entre otros autores: J. Tooby y L. Cosmides, "Friendship and the Banker paradox, other pathways to the evolution of adaptation of altruism", en M. Smith (ed.), *Proceedings of the british academy: evolution of social behavior patterns in primates and man*, Londres, British Academy, 1996. Con respecto a la *amistad* y su proyección hacia el pasado y la historia es necesario destacar el trabajo del sociólogo R. Pahl, *Sobre la amistad*, Madrid, Siglo XXI, 2003. En relación con *las emociones en la historia* cabe reseñar la incidencia de J. Bourke, "Fear and Anxiety: Writing About Emotions in Modern History", *History Workshop Journal*, 55, 1 (2003), pp. 113-116, así como L. Z. Tiedens y C. W. Leach (eds.), *The Social Life of Emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, o bien J. Labanyi, "Doing Things: Emotions, Affect, and Materiality", *Journal of Spanish Cultural Studies*, 11, 3 (2010), pp. 223-233.

2 La presente investigación se articula en un proceso interdisciplinar de análisis donde son claves los *fundamentos sociológicos* argumentados en los estudios *socioculturales* de las relaciones de los individuos entre sí y de los individuos con el medio; al respecto y entre otros especialistas: P. Abrams, *Historical Sociology*, Ithaca, Cornell University Press, 1982, o bien E. Goffmann, *La presentación de la persona en la*

Así pues, el *objeto* de estudio del presente análisis es la percepción de *la amistad* como tamiz de factores emocionales entre los combatientes del Reino Unido durante las Guerras Napoleónicas en España y Portugal, abarcando el período comprendido entre 1808 y 1813. En específico, nos estamos refiriendo al arquetipo que ellos mismos designaban como *el compañero de armas* a lo largo de dicha etapa. A raíz de lo planteado, y por propia génesis metodológica, se hace necesario seguir la directriz del *hecho evidente*, es decir, de aquellas líneas que nos marcan la organización científica de las propias fuentes investigadas.

Además, en función de tal tesitura nos resulta más fácil distinguir los matices humanos del proceso, por encima incluso de las estructuras de poder *político-bélico* y por encima, también, de la ubicación geográfica en sí de los combatientes, bien en áreas portuguesas o bien en entornos españoles. Al respecto, es imprescindible apuntar que la circunstancia de centrarnos en los testimonios de los británicos durante aquel conflicto deviene de un elemento sencillo pero clave en cuanto a las *fuentes*: gran parte de los mismos estaban alfabetizados y podían escribir sus vivencias, planteamiento no tan habitual entre los hombres del Ejército Imperial francés y, menos aún, entre los soldados, guerrilleros y demás combatientes “de base” españoles y lusitanos durante la prosecución de dicho acontecer bélico.

Así pues, la *metodología* utilizada parte directamente de las características de las señaladas *fuentes*. Estamos haciendo alusión a los testimonios de los soldados y mandos medios publicados en el Reino Unido a lo largo de las fases posteriores a la conflagración (entre 1814/1817 y 1858/1909). En tal cuestión, se han conseguido reunir hasta 64 publicaciones testimoniales, de las cuales emanan 125 casos de frecuencia tipológica de diferente amplitud y calidad en función del contexto narrativo léxico; en ocasiones, incluso, con diversas variantes concentradas en una sola publicación. A raíz de ello, hemos podido cuantificar la gradación de motivaciones (provocadas por factores concretos) que nos llevan al alcance y la importancia de la *amistad* dentro del referido marco tipológico, para esencialmente cualificar su necesidad como base de la supervivencia mutua y de la cohesión entre los grupos de combatientes³.

vida cotidiana, Buenos Aires-Madrid, Amorrortu, 1993. Sobre la incidencia de las *pautas antropológicas*, I. M. Lewis, *Historia y Antropología*, Barcelona, Seix Barral, edición de 1968, así como E. Evans-Pritchard, *Ensayos de Antropología Social*, Madrid, Siglo XXI, 1995. Finalmente, sobre la *psicología vinculada al conocimiento histórico*, es de reseñar M. Carretero y J. Voss (eds.), *Learning and Reasoning in History*, Londres, Woburn-Cass, 1998 (trad. de 2004).

3 Las obras analizadas se localizan para sus primeras ediciones en *The British Library* de Londres, así como en las dependencias del *Institute of Historical Research* de la Universidad de Londres. Entre los muy numerosos testimonios cabría destacar, por citar algunos de los más significativos: E. Costello, *The Adventures of a Soldier, or Memoirs of Edward Costello*, Londres, Colburn and Co., 1952 (1ª ed., Londres, 1830); W. Lawrence, *The Autobiography of Sergeant William Lawrence, a Hero of the Peninsula and Waterloo Campaign*, Londres, G. Bankers ed., 1886; J. Hale, *Journal of James Hale, late sergeant in the ninth regiment of foot*, Londres, Philip Watkins & Longman, 1826; J. Leach, *Rough Sketches of the Life of an old Soldier*, Rees, Orme, Brown, and Green, 1831; W. Stother, *A Narrative of the Principal Events of the Campaigns of 1809, 1810 and 1811 in Spain and Portugal*, Londres, P. Martin, 1814; Henry's Trifles, así como especialmente B. Harris, *Recollections of Rifleman Harris* (recopilación de Henry Curling), Londres, 1814, última edición renombrada del documento original, *The Recollections of Rifleman Harris* (ed. e introducción de C. Hibbert), Adlestrop, Cassell Military Paperback, 2006; Scottish Soldier, *Vicissitudes in the life of a Scottish Soldier. Written by himself*, (anónimo), Londres, NRY Colburn, 1827; J. Donaldson, *Recollections of the Eventful Life of a Soldier*, Edimburgo, Robin Martin ed., 1852; Sergeant, *Memoirs of a Sergeant. The 43rd light infantry during the Peninsular War*, (anónimo), Londres, 1835 (reed. en Brimscombe Port, Gloucestershire, Nonsuch Publishing Ltd., 2005); R. Blakeney, *A Boy in the Peninsular War: the Services, Adventures and Experiences of Robert Blakeney, Subaltern of the Twenty-Eighth Regiment*, Londres, J. Sturgis ed., 1899; W. Grattan, *Adventures of the Connaught Rangers from 1808 to 1814*, Londres, 1847, (reed. en Londres, Greenhill Books, 2006); G. R. Gleig, *The Subaltern*, Londres, 1825 (reed. en Londres, P. & S., 2005); J. M. Sherer, *Recollections*

De manera inmediata, la *crítica a las fuentes* se hace obvia. ¿Son fiables? Por lo que hemos podido comprobar después de varios años de estudio, y al formar el presente análisis parte de una investigación más amplia actualmente en curso sobre Wellington y los británicos durante la Guerra de la Independencia española, la fiabilidad de las fuentes posee suficientes garantías al contraponer unos textos con otros y al haber cotejado dichos testimonios con los documentos históricos pertinentes sobre cada acontecimiento⁴.

Empero, ante la amplia masa de información y de periplos vitales de todas las características, publicados en tan amplio lapso de tiempo, hemos seleccionado también bajo pautas metodológicas un conjunto específico de autores y testimonios al objeto de exponer aquí algunas de sus vivencias directas con respecto a la *amistad* como derivación de *emociones humanas*. Y tal cuestión a raíz de la claridad de las exposiciones de dicho compendio testimonial, así como en función de la continuidad narrativa de sus referencias, la verosimilitud (contrastada) de sus versiones históricas y, especialmente, a consecuencia de aglutinar a la mayoría del resto de los autores en ideas, formas de actuación, estructura antropológica, sociológica y de psicología aplicada a la historia en el nivel de las mentalidades.

Los testimonios de este grupo escogido de individuos nos sirven así, dentro de la referida investigación más amplia, como ejemplos sencillos de la *cuantificación* de datos elaborada y de la propia *cualificación* de los mismos acerca de la temática en estudio. Sus fundamentos y párrafos se adaptan de este modo a la praxis del espacio de estas líneas como contexto científico.

Tales exponentes seleccionados son (véase nota núm. 3): los testimonios del soldado veterano de primera *Benjamin Harrys* del 95 Regimiento de Infantería de la Rifles Brigade (publicados en 1814), las memorias del anónimo escocés, y también soldado veterano de primera, *Scottish Soldier* del 71 Regimiento de Infantería (publicadas en 1827), los testimonios de *Joseph Donaldson*, sargento de la 94 Brigada de Infantería Ligera (publicadas en 1852), las amplias memorias de un igualmente anónimo *Sergeant* –sargento mayor– del 43 Regimiento de Infantería Ligera (editadas en 1835), los testimonios impresos del *subaltern* veterano (sargento veterano) *Robert Blakeney* perteneciente al 28 Regimiento de Infantería Ligera (editados en 1835), los textos del cirujano de campaña y *subaltern* (sargento) de infantería *William Grattan* suscrito al 88 Regimiento de Infantería Ligera (editados en 1847), los textos de *John Kincaid*, joven suboficial-teniente del 95 Regimiento de Infantería de la Rifles Brigade (publicados en 1835), así como las memorias de *Joseph Moyle Sherer*, suboficial-teniente del 34 regimiento de Infantería por entonces (es decir, al mismo nivel en experiencias de combate con respecto a los anteriores en aquel tiempo) y futuro Sir Joseph M. Sherer más adelante (editadas en 1824).

Desde el principio, y por la textura del conjunto de todas las fuentes, se hace también imprescindible incidir en dos grandes categorías de relaciones personales, basadas en las distinciones del uso y frecuencia numérica del léxico: la diferencia entre los conceptos de “camaradería, camarada y camaradas” (*comrade, comrads*) y, de otra parte, las percepciones básicas de compañerismo y amistad, es decir, los factores claves de “compañero-amigo” (*fellow-friend*).

of the Peninsula, Londres, Longman, Hurst, Rees, Orme, Brown and Green, 1824; J. Kincaid, *Random shots from a Rifleman*, Londres, 1835 (edición conjunta con su otro relato *Adventures in the Rifle Brigade*, en Glasgow, Richard Drew Publising, 1909).

4 Las presentes líneas son fruto de una investigación de mayor extensión, actualmente en curso, que incluye a los propios mandos de las élites del Ejército Británico en la Península. Como referencias previas, véanse: J. G. Cayuela Fernández y J. A. Gallego Palomares, *La Guerra de la Independencia. Historia bélica, pueblo y nación en España, 1808-1814*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2008, capítulos IV (pp. 243-326) y VI (pp. 407-492), así como: J. G. Cayuela Fernández, “La mirada del inglés. Historia y vivencias sociales de los combatientes británicos en España y Portugal (1808-1814)”, *Historia Social*, 72 (2012), pp. 23-48.

Al respecto, un camarada (*comrade*) era un miembro conocido de la formación en la que se insertan los testimonios de los combatientes; no por ello existían lazos profundos de conocimiento y amistad, empero resultaba un elemento básico de solidaridad entre los individuos de las unidades de hombres. Por su parte, y según de nuevo las fuentes, un compañero-amigo (*fellow*) significaba un grado mucho más elevado de relación, a quien incluso se podía confiar la vida. De esta manera, se trata de gradaciones de intensidades diferentes, y a su vez interrelacionadas, de las pautas emocionales positivas del comportamiento de los combatientes del Ejército Británico. Es más, para los amigos de mayor arraigo se utiliza antes el término *fellow* que el término *friend*, circunstancia que se asocia esencialmente al genérico sentido del pudor castrense que gesta la distancia personal en el lenguaje como consecuencia de la violencia de la guerra en la propia esencia de estas relaciones.

A tenor de lo planteado, podemos establecer un *perfil genérico* de los testimonios analizados con respecto a la base antropológica del sentido de amistad que hemos hallado en las fuentes, como tipología inicial de factores más frecuentes. En primer término, se trata de testimonios donde dominan los pequeños grupos, es decir, de dos a cinco individuos. En segundo lugar, son testimonios de hombres que abarcan edades comprendidas entre los 19 y los 53 años. En tercer lugar, corresponden generalmente a individuos procedentes de las capas populares y medias del Reino Unido, y con más asiduidad de las zonas rurales antes que urbanas. En cuarto lugar, son testimonios de hombres en su mayoría solteros. En quinto término, en cuanto a creencias religiosas se trata en el porcentaje mayoritario de protestantes anglicanos (la religiosidad oficial británica), seguidos de creyentes batistas (luteranos) y puritanos, para finalizar con una minoría muy cohesionada de católicos ingleses y de origen irlandés.

Como último elemento de dicho perfil, es necesario reseñar que mayoritariamente son testimonios de rangos castrenses donde es dominante el Arma de Infantería (núcleo de la mayoría social de la época dentro de los ejércitos), basculando entre los soldados rasos, los soldados de primera, los sargentos comunes (*subalterns*), los sargentos mayores y los tenientes de primera.

Por tanto se trata de soldados y suboficiales de bajo rango. En muy contadas ocasiones testimonios de oficiales de rango y, entre estos últimos, especialmente capitanes.

Con motivo de todo lo referido se ha elaborado el siguiente Cuadro sobre la Estructura y Frecuencia de la Tipología Testimonial de Variantes con respecto a *La amistad como conjunto emocional entre las bases del Ejército Británico, 1808-1813*, desde el cual seguiremos el resto de la presente investigación, desarrollando las respectivas motivaciones seleccionadas en cuanto a la evolución de las pautas de análisis.

**Cuadro 1: ESTRUCTURA Y FRECUENCIA DE LA TIPOLOGÍA TESTIMONIAL DE VARIANTES:
LA AMISTAD COMO CONJUNTO EMOCIONAL ENTRE LAS BASES DEL EJÉRCITO BRITÁNICO
1808-1813**

TIPOLOGÍA TESTIMONIAL DE LA RELACIÓN	ESCALA MEDIA DE LA FRECUENCIA TESTIMONIAL	PORCENTAJES SOBRE EL TOTAL
LA AMISTAD EN LO COTIDIANO	Escala media de frecuencia: 9 / 10 (nivel muy alto)	46 %
El reparto de la comida y de las raciones de alcohol	10 (Nivel Muy Alto)	21 %
El sueño y las guardias	9 (Nivel Muy Alto)	11 %
Las largas marchas	9 (nivel muy alto)	9 %
El ocio, las bromas, el juego las apuestas	7 (nivel alto)	4 %
LA AMISTAD Y EL COMBATE	Escala media de frecuencia: 10 (nivel muy alto)	35 %
La cobertura del compañero	10 (nivel muy alto)	8 %
El manejo de las armas y la entrada en acción	8 (nivel alto)	5 %
El miedo	8 (nivel alto)	4 %
El valor	8 (nivel alto)	4 %
La crueldad de los combates	7 (nivel alto)	4 %
Las heridas y los heridos	7 (nivel alto)	3 %
Las victorias	6 (nivel medio)	2 %
Las retiradas y las derrotas	5 (nivel medio)	1'5%
La deserción	3 (nivel bajo)	1 %
DE LA AMISTAD Y LA MUERTE; EL "TRAUMA DE LA GUERRA"	Escala media de frecuencia: 5 / 6 (nivel medio)	19 %
La desaparición del compañero de armas	8 (nivel alto)	9 %
El estado de tristeza como forma de posible depresión a largo plazo	6 (nivel medio)	5'5 %
Los cadáveres propios	6 (nivel medio)	3 %
El "recuerdo final digno": los entierros y las sepulturas (<i>The Memorial</i>)	4 (nivel bajo)	1'4 %

Fuente: Elaboración propia a partir de datos procedentes de la British Library de Londres y del Institute of Historical Research de la Universidad de Londres. Igualmente, véase William Maxwell's, *Peninsular Sketches; by Actors on the Scene*, Ken Trotman, Cambridge, 1998, 2 vols.

* Escala de Niveles de Frecuencia Testimonial: Nivel Muy Alto: Escala 9 / 10. Nivel Alto: Escala: 7 / 8. Nivel Medio: Escala: 5 / 6. Nivel Bajo: Escala 3 / 4. Nivel Muy Bajo: Escala 1 / 2.

2. LA AMISTAD EN LO COTIDIANO: UN INSTRUMENTO BÁSICO DE CONVIVENCIA

La mayor parte de las amistades localizadas, por los datos estudiados, no se iniciaron en función de circunstancias excepcionales dentro de lo que hemos venido a denominar *los hombres de la sociedad británica en guerra*. Es decir, en su mayoría no serían fruto de grandes gestos heroicos que pudieran desencadenar además luego leyendas y mitos (aunque hayamos detectado algunos de estos casos), ni en función de graves sucesos aterradores a consecuencia de las batallas, ni tampoco a raíz de momentos de codicia generalizada a partir de hacerse con algún botín. Este último tipo de situaciones, más bien, estarían dentro del contexto de las *consecuencias* y no de las *causas* básicas que se establecerían como plataforma de las amistades entre tales combatientes.

En realidad, los casos de amistad más generalizados se originan al cobijo de la vida cotidiana en los campamentos de los frentes o en las largas y difíciles marchas a través de los caminos y montes de la Península⁵. Así, las pautas más frecuentes que desencadenaron las emociones derivadas de la amistad se generan paulatinamente en el cultivo de la confianza mutua al compartir enseres habituales, al racionar la cantidad disponible de alimentos, al establecer contactos positivos en ratos de esparcimiento y ocio, o bien en conversaciones muy personales al calor de las grandes fogatas invernales, el insomnio producido por la tensión nerviosa o las tediosas vigilias de las guardias nocturnas.

De esta manera, el roce cotidiano gestó la base de la mayoría de las situaciones emocionales de compañerismo, primero, y más adelante de amistad llegado el caso. Incluso hemos podido detectar amistades forjadas igualmente en la normalidad de la vida castrense a partir del factor religioso (también un elemento muy emocional); en específico entre la minoría de soldados católicos británicos, a modo de lazo de defensa mental dentro de sus propias filas y de sentimiento de sublimación ante una creencia superior común frente a los posteriores combates y la certeza en sí de la probabilidad de la muerte.

Dentro de la casuística establecida, la primera variante a destacar sería “el reparto de la comida”. En esta tesitura de los combatientes, si bien se guardaban mucho de extraviar alimentos o de que les robasen sus raciones, lo más frecuente en el inicio de una amistad duradera era el reparto voluntario entre hombres de confianza de los alimentos que tenían. Al respecto, las raciones reglamentarias dentro del Ejército Británico no eran en específico escasas, sino esencialmente poco apetitosas, monótonas y no muy nutritivas, estando basadas en grandes cantidades de un tipo de galleta de cereal, combinadas con legumbres y hortalizas (la presencia de productos cárnicos es menos frecuente, si bien la logística de Wellington cubría teóricamente su consumo).

Por otra parte, existía un evidente reparto desigual de la calidad de lo consumible, en el sentido de que los productos de mejor textura y capacidad nutritiva iban a parar a los hombres de graduación y rango más altos, quedando en obvia carencia alimenticia la mayoría de los combatientes del Arma de Infantería, con las consecuentes derivaciones en cuanto a vigor y capacidad de aguante en lo cotidiano y, posteriormente, en situaciones de combate.

Paralelamente hemos de reseñar que, si bien el Ejército Británico se autoabastecía con sus propias viandas (siendo prácticamente las únicas fuerzas armadas mínimamente eficaces en tal tesitura logística, pues ni el Ejército Imperial Francés lo lograba), en cuanto existía escasez entre las tropas la reacción inmediata era el saqueo, bien de granjas y huertas, bien de poblaciones civiles enteras⁶. Las amistades por tanto se fraguaban muchas veces desde sus inicios en el reparto como tal de las raciones. Son múltiples los casos de soldados veteranos ofreciendo algún trozo de pan de centeno, galletas de cereal o incluso trozos de carne a los soldados más novatos, los cuales acostumbraban a no tener suficiente pitanza, y quienes agradecían profundamente el detalle ante el hambre que pasaban tras muchos días de privaciones por su inexperiencia en la conservación del rancho.

Aquí empezaban los comentarios sobre la vida que llevaban, o sobre los orígenes de cada uno en el Reino Unido, o bien acerca de la opinión respectiva en relación con

5 Como ejemplos de amistad en los campamentos a raíz de la vida cotidiana, en J. M. Sherer, *Recollections of the Peninsula...*, pp. 134-163, así como R. Blakeney, *A Boy in the Peninsular War...*, pp. 205-226.

6 Los saqueos a gran escala son referencia habitual entre los combatientes británicos. Al respecto es posible destacar para el terrible saqueo de Ciudad Rodrigo durante 1812 el testimonio de W. Grattan en *Adventures of the Connaught Rangers...*, pp. 207-208; o bien para el caso de Badajoz, también en 1812, el testimonio de Sergeant en *Memoirs...*, p. 150.

los mandos de cada compañía, batallón o regimiento. De nuevo en la variante relativa al "reparto de la comida", también encontramos amistades surgidas en el contexto más radical de la obtención de alimentos ante la ausencia prolongada de los mismos o el retraso de los abastecimientos. Y ello, bien cuando se compartía la localización de huertas o campos labrados entre soldados, bien cuando los propios mandos de la oficialidad eran cómplices de estas formas de *saqueos de subsistencia*, como sobre todo en los casos de los generales Henry Fane, Rowland Hill o especialmente Robert Craufurd⁷.

Si los alimentos se mostraban como factor clave del inicio de las amistades, no sería menor lazo de unión el reparto también del alcohol. Lejos de tomarlo con frivolidad como elemento histórico de sociabilidad, hemos de hacer notar además que tampoco hemos encontrado estudios específicos al respecto, gestándose en torno a semejante situación *tan cotidiana* un evidente y *ambiguo vacío historiográfico*. Ante una existencia tan dura, bien fuesen esencialmente la cerveza, el aguardiente, el ron o los vinos locales, las variantes del alcohol resultaban de especial trascendencia para las relaciones entre los combatientes. Les hacía más cercanos entre sí y menos conscientes del peligro⁸.

El alcohol además se ingería de forma voluntaria en momentos de esparcimiento (pues estaba muy controlado y racionado por los mandos en las horas previas a los combates o durante las costosas marchas), lo cual daba pie a la consolidación de grupos de hombres en los inicios de sus amistades respectivas. Era extraño además que el alcohol se tomase en grandes cantidades de manera aislada o individualmente, representando un *acto social* de buena convivencia dentro de la acritud de lo cotidiano antes que un factor de dependencia alcohólica enfermiza. Así durante muchas noches de espera colectiva antes del sueño (incluso para infundir el sueño), las largas conversaciones personales se establecían entre los individuos en función de la botella o la cantimplora de alcohol. De este modo, el alcohol no era el motivo de la amistad, sino el conducto que facilitaba las conversaciones y por tanto, aunque parezca sorprendente, el comienzo de la amistad como tal.

La siguiente variante que hemos detectado en los testimonios para las bases de una amistad estaba constituida por "el cuidado de los enseres de los compañeros". Se trataba de un factor muy especial, donde debía haberse dado ya anteriormente un contacto previo de empatía (generalmente procedente de las aludidas veladas nocturnas) e incluso en el que no era ajena una relación positiva de carácter económico: los novatos, por unas pocas guineas o alguna libra esterlina, cuidaban de los uniformes, macutos, correajes o esencialmente del valioso calzado de los soldados veteranos, así como el de algunos

7 Sobre los "saqueos de subsistencia" y la complicidad de los mandos, en B. Harris, *The Recollections of Rifleman Harris...*, p. 70, donde podemos leer en versión original: "*General Craufurd was, I remember, terrible severe during this retreat, if he caught anything like pilfering amongst the men. As we stood, however, during this short halt, a very tempting turned-field was close on the side of us, an several of the men were so ravenous, that although he was in our very ranks, they stepped into the field and helped themselves to the turnips, devouring them like famishing wolves. He either did not or would not observe the delinquency this time, and soon afterwards gave the word, and we moved on once more*". Resulta evidente que el general Craufurd no hizo nada para impedirlo, siendo partícipe, por pura necesidad, de este tipo de actos de delincuencia para poder subsistir en condiciones extremas.

8 Las conversaciones acompañadas de alcohol representaban uno de los momentos de esparcimiento más importantes para los combatientes. Al respecto existe una pequeña canción que se popularizó entre las unidades a lo largo de la contienda y que asentó no pocas amistades: "*Good wine, old friends, or being dry, / Or that he may be by and by, / Or any other reason why*" (la estrofa se repite varias veces). En Sergeant, *Memoirs...*, cancionero popular de las tropas británicas, p. 136.

suboficiales y oficiales⁹. Aunque el cuidado de los enseres del compañero comenzaba de esta manera, es decir en una relación inicial de novato a veterano, terminaba siendo una acción compartida (no exenta de cierto paternalismo) en cuanto a que multitud de soldados y suboficiales veteranos de 40 o 50 años revisaban cotidianamente las mochilas de cientos de miles de novatos de entre 18 y 22 años para ver *si les faltaba algo*. No olvidemos que les podía ir la vida en un despiste, en un error o ante la ausencia de algún producto de trascendencia.

La siguiente variante de la tipología elaborada resulta algo tan cotidiano como trascendental: “el sueño y las guardias”. El compartir guardias de regimiento o batallón mientras los compañeros descansaban representa un elemento básico del comienzo de amistades duraderas, esencialmente por dos factores. De una parte, la dureza en sí de las propias guardias (ante las radicales variaciones de temperatura en la Península entre el calor y el frío) y, de otra parte, por el hecho de que durante las guardias nocturnas se producían habitualmente los ataques de las unidades francesas (sobre todo con los cambios tácticos paulatinos introducidos por el mariscal francés Nicolás Soutl desde 1810). En consecuencia, de quienes realizasen dichas guardias dependía por tanto la vida de los camaradas. Ante la importancia de esta función, el quedarse dormido en una guardia era castigado incluso con la muerte. En función de ello, las conversaciones resultaban básicas: evitaban el sueño y propiciaban una mejor vigilancia. Así normalmente, estuviese o no autorizado, las guardias se hacían por lo general en pareja (que multiplicaba además la capacidad de fuego de los rifles en caso de emergencia), siendo comprensible el asentamiento de muchas relaciones de amistad durante estos largos períodos de vigilia¹⁰.

En lo relativo a la siguiente variante de nuestra tipología testimonial, hemos de hacer notar que se encuentra muy interrelacionada con la anterior. Nos estamos refiriendo a “las largas marchas” por toda la Península, en numerosas ocasiones sin apenas víveres y bajo el acoso de los imperiales. En tal sentido, gran parte de los inicios de las amistades durante las marchas se originaban, precisamente, en las previas guardias nocturnas. Las marchas, y el turnarse incluso con el peso de las mochilas apoyando a los más debilitados, hemos podido comprobar que requería en ciertas ocasiones un conocimiento previo de *a quién se hacía el favor*. La base de dicha relación se hallaba en compartir los aludidos peligros de las guardias nocturnas. No obstante las marchas de los soldados de aquel ejército (con casi 45 kilos de macuto a las espaldas, entre provisiones, enseres y munición) resultaban también, según los testimonios, motivo en sí suficiente para la forja de amistades duraderas. De esta manera, las relaciones entre los compañeros supervivientes de aquel extenuante proceso bélico, no sólo comenzaron en sus conexiones humanas, sino que se asentaron hasta establecer lazos de probada solidez. En primer término, con la participación de entre 2 o 3 individuos para alcanzar, finalmente, amplios grupos humanos de hasta de 10 o 15 hombres. Y la cuestión se muestra de suma importancia en multitud de testimonios, pues aquellas marchas podían costar, en el esfuerzo humano, cientos de vidas a causa del agotamiento.

9 B. Harris, *The Recollections of Rifleman Harris...* Sobre el cuidado del calzado entre compañeros, p. 24, en versión original: “So I gathered up several pairs of the dilapidated boots and shoes, and immediately made for it. Seating myself down in a small room as soon as I entered, I took the Tools from my haversack and prepared to work. And as the boots of the captain of my company were amongdt the bad lot, and he was barefooted for want to them, I commenced with them”.

10 Las referencias a las guardias nocturnas en compañía resultan frecuentes a lo largo de las campañas de España y Portugal hasta 1813. Alusiones varias realizadas en las obras de R. Blakeney, *A Boy in the Peninsular War...*, así como de J. M. Sherer, *Recollections of the Peninsula...*, coincidiendo todos en la importancia del apoyo mutuo dentro “del silencio de la oscuridad (*the darkness silence*)”.

De hecho, ante la fatiga individual, la ayuda a un compañero en las marchas podía resultar algo excepcional, pues al cargar con otro hombre aumentaba la extenuación:

Recuerdo haber visto desplomarse a muchos hombres en la marcha hacia Salamanca. Nuestras marchas eran largas y pronto averiguamos cómo nos debilitaban. [...] Al caer alguno al suelo no era fácil que se levantase otra vez, y pocos se inclinaban en ayuda de sus camaradas cuando las propias fuerzas resultaban tan escasas¹¹.

Ante semejantes circunstancias, solamente los amigos más cercanos hacían el esfuerzo solidario de atender al compañero exhausto. Al respecto casi todos los testimonios analizados coinciden en esta misma dureza de trato.

La última variante genérica que se destaca en este apartado de testimonios resulta, dentro del marco argumental-narrativo, extrañamente paradójica pues, aunque estamos seguros que fue la más frecuente por propia comunicación humana, no se hace suficiente referencia a la misma en el conjunto de los escritos. Estamos haciendo alusión al "ocio, las bromas, el juego y las apuestas" entre los combatientes dentro de la vida cotidiana. Qué mejor modo de iniciar una amistad entre novatos, o incluso entre novatos y veteranos, que las bromas sin escarnio de un camarada a otro durante los momentos de ocio; qué mejor manera de conectar entre hombres si además iba en ello el reparto del rancho, del alcohol, de las guardias o el de la pesada munición en las largas marchas¹². Cosa distinta eran los juegos, que curiosamente podían desencadenar tanto grandes amistades como fuertes rencillas. Los juegos que generaban amistades con más frecuencia eran los *juegos de azar*, y entre ellos esencialmente los *naipes*. Aquí encontramos las alusiones más evidentes con respecto al ocio y la amistad en función de los combatientes británicos. Los juegos de naipes se establecían casi siempre bajo régimen de *apuestas*, gestando el inicio de múltiples emociones positivas entre los hombres, algunas de las cuales superarían los largos años de guerra. En tal aspecto, cuando no se apostaba dinero, los factores de las apuestas eran las raciones de comida, las botellas de ron, el peso de los macutos o, inclusive y de manera totalmente ilegal, las propias guardias nocturnas. Curiosamente, no se apostaba con las municiones al ser un elemento básico de supervivencia colectiva y, paralelamente, una acción punible¹³.

11 B. Harris, *The Recollections of Rifleman Harris...*, texto original en inglés en p. 29. Primera Campaña de España, octubre de 1808.

12 En cuanto a situaciones de alegría colectiva, que unía en compañerismo a los soldados, quizás el testimonio más elocuente sea el aportado por J. Donaldson, *Recollections of the Eventful Life of a Soldier...*, pp. 169-173, con respecto a la liberación de Madrid y la entrada de su batallón en la urbe durante los días 11 y 12 de agosto de 1812 (tras la batalla de Arapiles). Y ello en lo relativo a las actividades y la convivencia tranquila entre él y sus compañeros al socaire del disfrute de la ciudad y la buena acogida de sus habitantes. En versión original para apreciar los matices coloquiales del comentario: "We were now peaceably quartered in the town, having time to look about us and recover from our former fatigues. No place could have been better adapted for this than Madrid; the air was pure and healthy; wine, fruit, and provision, good and cheap. Here we had food for observation in the buildings, institutions, and manners of the inhabitants, and we ranged about in the environs, and from one street to another, as if we had been in a new world". En lo relativo a situaciones jocosas de las que pudiesen disfrutar los participantes y que asentasen también amistades es de destacar, entre otras, la narrada de nuevo por B. Harris, *The Recollections of Rifleman Harris...*, Primera Campaña de España (1808), p. 15, cuando el popular general Rowland Hill obligó a beber, e invitó, a una ronda completa de vino para un grupo de soldados novatos (incluyendo lo mucho que él mismo consumió). También en versión original: "I remember Lord Hill was loosening his sword-belt as I handed him the wine. –Drink first, Rifleman– said he; and I took a good pull at the pipkin, and held it to him again. [...] The general was pleased with my promptness, and drank with great satisfaction". En tal sentido, el alcohol volvía a ser un factor central igualmente de reunión y empatía; esta vez desde un alto mando hacia los referidos novatos.

13 El mundo de las *apuestas* fue constante entre aquellos colectivos de hombres. Los testimonios al respecto

3. LA AMISTAD Y EL COMBATE: “JUGARSE LA VIDA”

Si la existencia cotidiana gestó las bases de la mayoría de las amistades entre los combatientes, serán las situaciones de mayor grado de violencia las que pongan a prueba realmente el grado de intensidad de dichas relaciones. Por supuesto, el punto de inflexión de este tipo de pruebas fueron las horas que duraron los grandes choques bélicos. Además, durante las batallas de amplios movimientos de masas (tan brutales y tan impersonales a la vez) es también donde mejor se aprecia la diferencia entre los conceptos de *camaradería* y de *amistad asentada*. Todo ello entendiéndolo más allá de la percepción colectiva oficial del *sentido del deber* (*the sense of duty*) que marcaba la fuerte disciplina del Ejército Británico por entonces y que hacía que las unidades se apoyasen en batalla las unas a las otras sucesivamente en un orden táctico racional.

Al respecto, entre los testimonios encontrados la *camaradería* se da en acción como una emoción propia de grupos de hombres por encima de los 5 o 10 individuos, que avanzan o retroceden movidos por una inercia común de apoyo o por factores irracionales de enardecimiento de ánimo, más allá incluso de la presencia de un mando (fuese suboficial u oficial). Este sería el caso de algunas de las cargas de la infantería británica sobre los franceses al principio de la batalla de Talavera (28 de julio de 1809), durante las que, tras las órdenes de ataque y la primera oleada de bajas por la respuesta de la fusilería de los imperiales, los escuadrones compartimentados que quedaban de los regimientos ingleses continuaron avanzando en el fragor de la reyerta a partir del sentimiento de apoyo de *grupo conocido*, de grupo que se reconocía entre sí como fuerza moral interconectada (“*siguiendo los pies del camarada*”¹⁴). Esta percepción de la camaradería, expuesta por ellos mismos, resulta la variante más frecuente que hemos podido encontrar en los testimonios de batallas *como lazo entre individuos* que se infundían además valor, y tal cuestión incluso por encima del sentido de la disciplina, o de la propia amistad como tal (a modo de conjunto emocional más profundo). Estos casos de camaradería en cargas abiertas de combate se daban generalmente entre grupos amplios de hombres que se conocían entre sí, y ello a través de la referida convivencia cotidiana. Es decir, y por orden del tamaño de la unidad, se trataba de miembros del mismo regimiento y del mismo batallón, pero esencialmente de la misma compañía y de los propios escuadrones. El movimiento de los colores de cientos de uniformes de su propio ejército, a gran velocidad y en una sola dirección, resultaba trascendental para el enardecimiento al inicio de las cargas, empero únicamente el concepto de camaradería podía sustentar por partes un avance de tan enormes dimensiones y con sistemas de comunicaciones tan precarios como los de entonces.

Así pues, la camaradería como soporte de factores emocionales, que en combate se mostraba claramente irracional en múltiples casos, sostuvo muchos de los éxitos locales de los británicos a la hora de tomar una posición estratégica concreta durante grandes batallas.

Si a ello se le unía el tener a la vista las formaciones militares y el armamento, así como *el símbolo icónico de la bandera británica y los estandartes de cada batallón*, dicho

son frecuentes en las obras de *Scottish Soldier, Vicissitudes...*, o bien de J. Donaldson, *Recollections of the Eventful Life of a Soldier...*, apostándose algunas *guineas* por viandas, tiro al blanco, carreras e incluso, de forma más o menos encubierta, por acciones bélicas en las que podía ir en ello la vida, como de nuevo en la circunstancia del referido testimonio de B. Harris, *The Recollections of Rifleman Harris...*, pp. 27-28.

14 Sobre la batalla de Talavera, en J. G. Cayuela Fernández y J. A. Gallego Palomares, *La Guerra de la Independencia. Historia bélica, pueblo y nación...*, pp. 221-230.

enardecimiento grupal aumentaba hasta cotas emocionales imposibles en instantes de cotidianidad:

Cuando miré a mi alrededor mientras soportaba la tensión, y justo antes del comienzo de la batalla, tuve ante mi la vista más imponente que el mundo podía producir. Nuestras líneas flamantes con sus brillantes armas; los rasgos severos de los hombres, que estaban de pie y con sus ojos fijos inalterablemente sobre el enemigo; los colores orgullosos de Inglaterra que flotaban sobre los jefes de los diferentes batallones, y los oscuros cañones sobre las elevaciones del terreno. [...] Nuestro tirador, quien en ese momento se hallaba entre la artillería para ver el espectáculo, profirió un grito de enorme excitación, y la batalla comenzó inmediatamente, entrando todos con gran dureza en la tarea¹⁵.

En cuanto a la variante de la *amistad* como entrega emocional en batalla, es necesario acercarse a testimonios más personales de los combatientes, que caracterizan además situaciones de especial particularidad. Al respecto, nos estamos refiriendo a grupos de individuos de entre 2 y 5 hombres, de edades comprendidas entre los 18 y los 50 años, con una extracción social (e incluso geográfica) parecida, dentro de los cuales lo más frecuente es hallar soldados novatos, soldados veteranos, sargentos medios y sargentos mayores. Será en este tipo de grupos donde surjan las motivaciones para amistades más profundas y, por tanto, los compromisos individuales de mayor trascendencia hacia el otro combatiente.

Al respecto, el primer nivel testimonial que encontramos en los datos lo proporciona "la cobertura al compañero" a lo largo de las batallas. Es decir, cubrir los movimientos del *compañero de armas* con fuego de fusilería en acción desde una cercana retaguardia en caso de peligro. Por tanto, sería necesario incluir la variante de *la preocupación por el otro*, elemento mucho más cercano a la trascendencia del grupo pequeño sobre los grandes grupos en momentos de aislamiento y riesgo.

En función de los datos, el límite de este último punto estaría establecido por la gradación del propio sentido personal de vivir o morir en el intento de apoyar al compañero en acción de guerra.

Es decir, y con llaneza, el límite de *jugarse la vida*. Empero, las tácticas racionales o emocionales no siempre funcionaban. En el siguiente testimonio que exponemos, vinculado a la referida y durísima batalla de Badajoz (especialmente durante el asalto al *Fuerte de la Picuriña* del 24 de marzo de 1812), el deber moral entre amigos de cuidar *la cobertura al compañero* durante el fuego enemigo no surtiría los efectos deseados:

Denis y yo estábamos de pie junto a un muchacho, y todos saltamos hacia la parte superior del parapeto. Nos siguieron dos compañeros más. Pero apenas llegamos, un cañonazo impactó en nuestra posición, cerca de donde yo me encontraba, cubriéndome de tierra. –No importa–, dijo Dennis, –errar aquí es tan bueno como estar a una milla de distancia– [...]. El chaval que combatía con nosotros comenzó a mostrar síntomas de miedo. –No tengas miedo–, dijo Dennis, –nunca morirás hasta que te llegue la hora–. Pero su elocuencia no pareció tener efecto. –Vamos a la zanja– dijo Dennis –atacaremos

15 B. Harris, *The Recollections of Rifleman Harris...*, texto original en inglés en p. 26; batalla de Vimeiro, Primera Campaña de Portugal, 1808. Testimonios similares con respecto al impacto psicológico de *los símbolos emocionales de la nación en combate* pueden recogerse en gran número dentro de la obra de J. M. Sherer, *Recollections of the Peninsula...*

sin ti (dirigiéndose al novato)–. El chico estaba a punto de introducirse en la zanja, cuando de repente un disparo le alcanzó, cayendo mortalmente herido¹⁶.

El muchacho era un *comrad* y no un *fellow*, pero por su aspecto indefenso y su obvia inexperiencia había despertado entre los soldados veteranos en aquel instante dramático una clara emoción de inicio de amistad. De otra parte, y a raíz de lo expuesto, en esta ocasión la clave de *la cobertura al compañero* nos muestra también el riesgo que implicaba dicha pauta ante los múltiples imponderables de una acción grupal, bien bajo intenso fuego enemigo o bien ante la decisiva presencia de un francotirador rival. Aquí, ni la profesionalidad castrense ni los valores emocionales de solidaridad pudieron evitar el dolor de *la quiebra de la amistad* (en este caso un inicio de amistad) a raíz de un final violento, variante testimonial también clave a la que haremos referencia más adelante.

Los dos siguientes factores de gradación en nuestra tipología sobre la amistad entre combatientes van intrínsecamente unidos dentro de la metodología de la presente estructura de narración (véase Cuadro anterior). Nos estamos refiriendo a la circunstancia de confiar en el compañero para “el manejo de las armas” y, como consecuencia, para “la entrada en acción”. El hecho de prestar el arma al compañero, tanto para practicar con ella como para limpiarla y regular las miras de tiro, resultaba ser una de las tesituras que requería mayor grado de complicidad entre combatientes. El arma de fuego era la mejor garantía de un soldado para continuar vivo. De su eficacia y buen estado dependía una respuesta rápida y contundente que podía representar la diferencia entre la vida y la muerte en las grandes batallas. De esta manera, y más allá del control de los oficiales superiores, los soldados cuidaban su arma como algo muy personal, que únicamente confiaban a un amigo para su revisión y buen uso. Son diversos los testimonios situados durante las horas previas a las batallas de La Albuera (16 de mayo de 1811), de Arapiles (22 de Julio de 1812) o de Vitoria (21 de junio de 1813) en las que el amigo de confianza revisaba el arma de su compañero, y viceversa, para garantizar la supervivencia en el muy cercano combate.

Como hemos dicho, ello se une a la otra pauta derivada: el momento de “entrada en acción”. Dentro del Arma de Infantería la entrada en acción se manifestaba como un crisol de comportamientos e interacciones de distinta magnitud. Los soldados novatos generalmente sudaban y se mostraban rígidos, casi paralizados; los soldados veteranos, para rebajar la ansiedad, procuraban gastarse bromas o pasar algo de alcohol entre las filas; los sargentos medios y los sargentos mayores buscaban el orden de combate según las instrucciones de sus superiores, aunque no era infrecuente la confraternización con los propios soldados veteranos. La cuestión era relajar la tensión, templar en lo posible los nervios, mantener la disciplina a voz en grito y orientar la mezcla de pánico y agresividad que se acumulaba sobre el enemigo. Por supuesto, para muchos, no había mayor acto de entrega que confiarle la vida al compañero-amigo. La embestida se hacía a toda velocidad, con alaridos furiosos

16 J. Donaldson, *Recollections of the Eventful Life of a Soldier...*, texto original en inglés en p. 136. Toma de Badajoz por Wellington, 16-3-1812 / 6-4-1812. La muerte masiva de compañeros y la quiebra de las amistades por la violencia podían dar también pie a venganza masivas. Al respecto, cabe destacar el testimonio de J. Donaldson, *Recollections of the Eventful Life of a Soldier...*, pp. 169-173, concretamente en relación con la crueldad de los contraataques ingleses durante la batalla de los Arapiles del 22 de julio de 1812. Se cita el texto original en inglés ante la intensidad de los matices: “*The fifth regiment, in attacking a body of infantry posted on a small height, were furiously charged by the enemy’s cavalry, and thrown into some confusion: but ours coming up in time, not only routed them, but cut off the retreat of their infantry, who were taken prisoners, many of them dreadfully wounded by our dragoons, some having their arms hanging by a shred of flesh and skin, and others with hideous gashes in their faces*”.

de descarga de adrenalina para espantar el miedo, con todo el uniforme, el fusil en ristre y la bayoneta calada¹⁷.

Las siguientes dos variantes de nuestra tipología emocional con respecto a los condicionantes de la amistad en batalla, si bien no son mencionadas personalmente con excesiva frecuencia, resultan muy habituales en las referencias al comportamiento de los hombres, mostrándose de una gran importancia tanto en lo concerniente a las relaciones de amistad, como en lo vinculado a la imagen exterior de cada individuo frente al resto de los combatientes. Ambas variantes se hallan de igual modo estrechamente imbricadas dentro del contexto metodológico de la presente narrativa, de ahí que las interrelacionemos ahora en nuestro esquema de argumentación (si bien en el Cuadro anterior las distingamos como factores tipológicos separados para una mejor comprensión de la cuantificación testimonial). En este caso estamos haciendo referencia a las variantes de “el valor” y “el miedo”. En ambas, la amistad será crucial. A raíz de la interrelación de las dos pautas podemos ofrecer, entre otros muchos, el ejemplo de un sargento de infantería ligera que en la frontera luso-española, cerca de Almeida y durante la Tercera Campaña francesa de Portugal en agosto de 1810, durante un enfrentamiento directo con las tropas imperiales pudo observar cómo por delante de su posición herían gravemente a dos de sus compañeros (ambos soldados veteranos), uno de ellos amigo desde hacía mucho tiempo (*fellow*). Bajo fuego enemigo, y con gran valor, no dudó en acercarse donde yacían. Su amigo había ya fallecido a causa de un disparo de fusil; empero el segundo hombre seguía vivo, aunque lleno de miedo ante la situación de indefensión en que se hallaba. Aquel hombre imploró al sargento que le sacase de allí como fuese. El sargento británico, conmovido por la pérdida de su compañero de armas no lo dudó, y cargó sobre su espalda con el cuerpo del aterrorizado herido. La acción se realizó bajo el constante fuego de la artillería francesa, logrando finalmente salvarlo con gran fatiga. El soldado veterano al que sacó de una muerte segura no dejaría de darle las gracias durante mucho tiempo: “[...] *He returned me sincere thanks, and, what was just then much better, gave me his canteen*”¹⁸. Era evidente que la empatía ante la pérdida del compañero había desencadenado un nuevo cúmulo de emociones de amistad por parte del sargento hacia el otro soldado herido y temeroso, pudiéndose entender así que llevase a cabo un acto de valor con tan alto grado de riesgo.

En cuanto a la variante de “la crueldad de los combates” son múltiples también las referencias de los distintos testimonios. Existe al respecto un abanico de ejemplos, pudiendo distinguir tres tipos dominantes. En primer término, la crueldad en sí de las acciones, donde se destaca genéricamente tanto la brutalidad de la lucha como la desaparición en gran número de amigos del regimiento o de enemigos franceses a lo largo de los campos de batalla. En segundo lugar, las conversaciones entre amigos acerca de las sensaciones de aturdimiento y riesgo que emanaban del caos ante los disparos de la fusilería o del

17 En ataques frontales de la Infantería, la cercanía de un amigo o un camarada resultaba vital también cuando el rival que se tenía enfrente pertenecía además a la Caballería francesa. En los testimonios recogidos, únicamente la cohesión por lazos emocionales salvaba entonces la vida de los combatientes que estuvieran en mayor peligro, pues el orden táctico quedaba roto desde el primer momento en que se desencadenaba el caos de *la entrada en acción* con la cabalgadura enemiga: “*After the failure of my attack I held my sword horizontally over my head, awaiting the dragoon’s blow, for it was far more dangerous to turn round than to stand firm. At this very critical moment a man of the company, named Oats, cried out, ‘Mr. Blakeney, we’ve spun him!’, and at the same instant the dragoon fell dead at my feet [...] And regained the five or six paces incautiously advanced*”. En R. Blakeney, *A Boy in the Peninsular War...*, p. 97. Acción de guerra de la Infantería británica durante la retirada del general John Moore, diciembre de 1808.

18 Sergeant, *Memoirs of a Sergeant...*, p. 87. Combate de Almeida, Tercera Campaña francesa de Portugal, agosto de 1810.

cañoneo constante propio o de los rivales. Por último, en tercer lugar, la narración de la violencia como tal durante los combates y, a su vez, la visión directa de la muerte de los amigos y camaradas, como factor clave del coste humano de los movimientos militares. Esta última variante es quizás la más llamativa al personalizar el deceso o las heridas de cada compañero, incluso dando los nombres, como en el caso otra vez de la batalla de Badajoz en los asaltos al *Fuerte de la Picuriña* en los días 24 y 25 de marzo de 1812¹⁹.

Por otra parte, la variante de “las heridas y los heridos” constituye otro de los apartados más señeros con respecto a las relaciones de amistad. Ya hemos apuntado en lo relativo al *valor* y al *miedo* el ejemplo de un sargento salvando a un soldado veterano malherido bajo intenso fuego enemigo. Esta categoría de acciones a lo largo de los testimonios acerca de los heridos resulta habitual, a la par que las alusiones a las propias heridas de los amigos y su probable, o imposible, curación. En el caso de que las heridas fuesen mortales, la amistad entre aquellos hombres se rompía de forma involuntaria, radical e irracional, dejando importantes secuelas en la memoria de los compañeros supervivientes a lo largo de los años:

Nuestros sentimientos estaban destinados a experimentar una dura prueba sobre el suelo donde habían sido sacrificados nuestros compañeros [...]. Tan pronto como los heridos eran conscientes de nuestra presencia, invocaban nuestra ayuda para calmar la sed ardiente que les provocaban las laceraciones llenas de sangre. Un hombre joven, bien conocido por mí [*a fellow*], imploró mi ayuda en el tono más lamentable; sólo tuve tiempo de preguntarle en qué lugar del cuerpo había sido herido; la respuesta fue –en la parte de atrás– por lo que yo sabía que era mortal²⁰.

Como derivación, no cabe duda que el referido sufrimiento por heridas fue también en sí, como terrible emoción física y psíquica, un sólido e inolvidable motivo de amistad. Los heridos en campo de batalla, por su clara indefensión, generaban la motivación más importante, en grado de intensidad emocional, para exponer el comportamiento de los combatientes con respecto a la fuerza de las amistades. De hecho esta tendencia a la compasión primero y a la amistad después, en relación a los heridos, se daría entre muchos soldados británicos hacia otros hombres del bando aliado, españoles y portugueses, así como del mismísimo bando contrario, los imperiales franceses. La potencia y ferocidad de los combates formaban indudablemente parte de esta tensión emocional: “*but what an assemblage of furies, the excitement was indescribable*”²¹. A raíz de dicha tensión emocional, y con todos los sentidos de los individuos en batalla puestos en la defensa colectiva y a su vez individual, la amistad ante las laceraciones del amigo se convertía por tanto en intensa solidaridad de ayuda.

Las dos variantes tipológicas que se plantean a continuación vuelven a encontrarse interconectadas metodológicamente en el ámbito de la actual argumentación (si bien en el

19 Sergeant, *Memoirs of a Sergeant...*, pp. 138-139; asalto al Fuerte Picuriña en la batalla de Badajoz, 24-25 de marzo de 1812. Es de resaltar la acritud de la frase final del párrafo en versión original inglesa: “*and it was not until nearly half the garrison were killed*”.

20 Scottish Soldier, *Vicissitudes in the life...*, texto original en inglés en p. 261; batalla de Vitoria, 21-6-1813.

21 Sergeant, *Memoirs of a Sergeant...*, p. 144. Batalla de Badajoz, acción del Fuerte de la Picuriña, 24-4-1812. Al respecto, es necesario destacar la intensa solidaridad de ayuda, como expresa el mismo autor en la p. 140 con respecto a dicha Campaña: “*Aware of the approaching danger, I threw myself on my face. And I had scarcely taken the precaution when the shell burst with ruinous effect. Stones, dust, and fragments of timber were scattered in all directions, and other substances whirled into the air, was the lost leg of my comrade. [...] I ran to the sufferer; [...] tied my coat-strap round his thigh to check the efusión of blod, and, after placing him in a blanket carried him to the nearest hospital, where surgical assistance was promptly afforded*”.

Cuadro se ubiquen de nuevo separadas con motivo de una percepción más precisa). Nos estamos refiriendo a los comentarios en los testimonios encontrados sobre "las victorias" y "las derrotas" en lo concerniente a los soldados y suboficiales británicos. Como es lógico, las referencias a las victorias de sus tropas resultan de mayor frecuencia que aquellas alusiones dirigidas a exponer una clara rendición o una evidente retirada.

Todo ello, más aún, cuando a este cómputo de parámetros de análisis se adhiere al factor de la amistad a modo de cúmulo de variantes emocionales básicas. Dentro del concepto de amistad, una victoria es observada en el seno de un grupo de combatientes como un lazo común que les reafirma y que incluso les supera positivamente dentro de un estado de euforia colectiva. Estos serían genéricamente la mayoría de los testimonios encontrados tras las batallas donde intervienen fuerzas británicas mayoritariamente, como en los casos de Talavera en 1809, Fuentes de Oñoro y La Albuera en 1811, Ciudad Rodrigo, Badajoz y Arapiles durante 1812, o Vitoria en 1813.

Empero, el mayor número de testimonios amistosos hallados acerca de la celebración de un éxito castrense se relacionan esencialmente con la liberación de Madrid por parte de los aliados entre el 10 y el 14 de agosto de 1812, más todavía cuando los ingleses procedían del campo de batalla que había albergado la contundente victoria obtenida en los Arapiles (Salamanca) días antes contra el mariscal imperial Marmont²². Sin embargo, las derrotas, rendiciones y retiradas aparecen también en estos testimonios, haciéndolas más plausibles, menos ausentes historiográficamente en comparación a la narrativa británica más clásica y, por tanto, más humanas. Así pues, y en función de los testimonios gestados por los grupos de amistades de las bases sociales del Ejército Británico, la extenuante retirada del general John Moore en 1808 (en opinión de muchos de aquellos hombres, una evidente huida frente a los franceses), o la derrota del propio Wellington en Burgos en el otoño de 1812, así como la precipitada salida de Madrid de los ingleses a principios del invierno del mismo año, muy costosa en bajas humanas (las cuales no solo fueron inglesas sino esencialmente de la población civil madrileña a la que se le incautaron los alimentos para nutrir el *repliegue aliado*), resultan también fenómenos históricos presentes en los testimonios estudiados. Al respecto el siguiente texto, el cual acaba rememorando a los amigos perdidos por errores militares, se muestra especialmente esclarecedor:

Yo pude ver las lágrimas cayendo por sus mejillas a causa de la agonía de sus pies ensangrentados, y muchos estaban enfermos por la disentería y los efectos de los alimentos en mal estado que habían devorado a lo largo de la ruta. Nuestras mochilas fueron también un amargo enemigo durante aquella prolongada marcha. Muchos hombres murieron, y estoy convencido de que podríamos haber resistido bien hasta el final de la retirada si no hubiésemos continuado con aquella carga infernal sobre nuestras espaldas. [...] Las mochilas, en mi opinión, deberían haber sido abandonadas al comienzo del repliegue, o haberlas perdido totalmente si con tal pérdida hubiera sido posible salvar a los pobrecillos que murieron a lo largo del camino²³.

22 J. Donaldson, *Recollections of the Eventful Life of a Soldier...*, pp. 170-172; liberación de Madrid, agosto de 1812.

23 B. Harris, *The Recollections of the Rifleman Harris...*, texto original en inglés en p. 90; noviembre de 1808. Referencias similares podemos encontrar en la mayoría de las obras consultadas, destacando múltiples testimonios a lo largo de los escritos de R. Blakeney, *A Boy in the Peninsular War...*; J. Donaldson, *Recollections of the Eventful Life of a Soldier...*; J. M. Sherer, *Recollections of the Peninsula...*, así como de Scottish Soldier, *Vicissitudes...*, en las que no son escasas las denuncias ante graves situaciones desencadenadas por carencias logísticas.

En otro orden de cosas, la “deserción” es quizás la variante menos reseñada en nuestros testimonios, aunque por su importancia debemos darle un valor mucho más cualitativo que cuantitativo. En realidad dicho fenómeno no se desarrolla durante los combates, sino a raíz de ellos; es decir, como consecuencia de los mismos. Las deserciones fueron un hecho frecuente a lo largo de las Campañas de Portugal y de la propia Guerra de la Independencia en España, afectando a todos los ejércitos (tanto al británico, como al francés, al español y al portugués). Como es evidente, en la circunstancia de los británicos la deserción resultaba extremadamente difícil, llevándose a cabo por auténtica desesperación ante las condiciones bélicas. De la misma forma, para los ingleses solamente existían dos alternativas: o el embarque en navío neutral si se estaba cerca de las costas o, para calvario de quienes lo intentasen, el vagar a escondidas durante semanas o meses por los campos de España y Portugal, sin teórico cobijo coyuntural aliado.

Los combatientes británicos que eran amigos de los desertores, si bien por los testimonios que aparecen en muy contadas ocasiones los delataron, no obstante pocas veces recomendaban tal opción a sus compañeros, pues ante el diferente aspecto físico y lingüístico, la falta de un bando concreto a donde ir y las dificultades de embarque en buque neutral, su huída se hacía habitualmente imposible.

Es más, fueron muchos los combatientes ingleses testigos del fusilamiento de multitud de sus compañeros desertores. Incluso algunos acabarían actuando obligadamente como partícipes, de un modo u otro, en la ejecución de sus amigos y camaradas:

Poco después de mi llegada a Lisboa, tres soldados [a los cuales conocía el protagonista del testimonio por formar parte de su Compañía] fueron condenados a muerte por deserción; y esperando el transporte a Inglaterra me ordenaron, entre otros, montar la guardia de la ejecución [...]. Tras llegar al punto designado, que estaba sobre la playa cercana al Castillo de Belém, se preparó un pelotón con las armas cargadas, y cuyos componentes debían ajusticiar a los responsables. A estos se les ordenó arrodillarse a la distancia habitual (la voz de “fuego” sería inmediata); y a la vista de todos se hallaban las tumbas listas para albergar sus cadáveres [...]. Más tarde se dispararon varios tiros a otros dos hombres²⁴.

La deserción se convertía así en una especie de trampa para aquellos combatientes y sus amistades, trampa en la que, aun cuando se les intentase ayudar, el fin de tal periplo terminaba siendo en la mayoría de los casos el ajusticiamiento. Al respecto, tan sólo hemos encontrado supervivientes de deserción en aquellas ocasiones donde los hombres eran acogidos y escondidos por miembros de la población civil española o portuguesa, convirtiéndose muchas veces, y tras las Guerras Napoleónicas, en miembros de las comunidades que los ayudaban.

²⁴ Sergeant, *Memoirs...*, texto original en inglés en p. 153. Ejecuciones de diciembre de 1812. Del mismo modo, se han podido también detectar alusiones a las deserciones a lo largo de los textos de J. M. Sherer, *Recollections of the Peninsula...*; J. Donaldson, *Recollections of the Eventful Life of a Soldier...*, o bien nuevamente de Scottish Soldier, *Vicissitudes...*, a lo largo de las cuales la deserción no es abiertamente enjuiciada, si bien existe cierta comprensión ante esta actitud entre las bases sociales de las tropas.

4. UN ESPECIAL EPÍLOGO. DE LA AMISTAD Y DE LA MUERTE: "LOS TRAUMAS DE GUERRA IRREVERSIBLES". LA AMISTAD COMO ELEMENTO DE COHESIÓN EN EL TIEMPO

Este conjunto específico de variantes podría resumirse en un solo factor único: el final brutal de la amistad como compendio de emociones dentro del proceso bélico a causa de las diversas consecuencias de la conflagración. No obstante, es necesario tipificar de nuevo según la casuística testimonial encontrada. De este modo, y dentro del presente apartado tipológico, la variante de "la desaparición del compañero de armas" se nos muestra como el punto clave de la crisis de la amistad entre los combatientes británicos.

La muerte inmediata, o lenta, de la persona que ha compartido durante meses, o incluso años, los más profundos sentimientos y valores de un individuo representa un estado de bloqueo mental a quien directamente sufría la pérdida. Esta tesitura aumenta cuando se está presente en la propia agonía del compañero de armas, como en este testimonio durante las escaramuzas previas a la batalla de Roliça en 1808, donde incluso se invoca el nombre del amigo, en una dramática muestra de acto de desesperación y despedida:

—¡Oh Harris!—, dijo él cuando le tomé entre mis brazos... —¡Voy a morir!, ¡Voy a morir!—. La agonía de mi compañero era tan grande que no pude llevármelo. Se trataba de la verdad. Demasiado terrible para ser consciente de lo que estaba pasando, ¡comenzó a soltar espuma por su boca, y la transpiración le inundaba la cara! [Su amigo fallecería a los pocos minutos de una herida mortal en el pecho]. ¡Di gracias al Cielo!, él ya se hallaba al margen del dolor; lo dejé descansar en paz. Volví a mi lugar. ¡Pobrecillo!, había sufrido más durante el rato de la agonía de su muerte que cualquier hombre que yo hubiese visto en las mismas circunstancias²⁵.

Aquel hombre feneció con un sufrimiento nada habitual entre los testimonios encontrados. Su amigo y compañero durante más de un año, Benjamin Harris, un simple pero humanitario soldado de Infantería, no pudo auxiliarle en dicho trance. La visión de aquella muerte para Harris, y la quiebra de las emociones positivas de la amistad que conllevaba, no sería olvidada nunca por su persona ante la vigencia del testimonio. Así pues, es posible apreciar que esta modalidad del denominado hoy *trauma de guerra* afectó también de manera directa al sentido emocional de la ruptura violenta e involuntaria de la amistad en aquel conflicto concreto.

De este radical factor proviene la siguiente variante detectada en los testimonios del actual apartado tipológico. Nos estamos refiriendo "al estado de tristeza como forma posible de depresión a largo plazo". La tristeza ante *la pérdida del amigo*, de aquel de quien ha dependido en la vida bélica la existencia o la nada, resulta por lógica un proceso humano irremplazable.

Si gestamos un paralelismo de empatía en el actual devenir narrativo (para una mejor comprensión), la pérdida de un gran amigo a causa de motivos derivados de la *existencia civil* nos produce un daño que es necesario superar con gran esfuerzo. Pero en momentos de tan radical forma de convivencia, como la estudiada en estas líneas, la emoción de la quiebra de la amistad (de la confianza vital en alguien) se manifiesta como un fehaciente y auténtico trauma moral, a veces irrecuperable.

25 B. Harris, *The Recollections of the Rifleman Harris...*, texto original en inglés en p.16. Batalla de Roliça, 17 de agosto de 1808.

En tal sentido, y con edades avanzadas, todavía se emocionaban rememorando en los textos el final de sus amigos cuando eran *aquellos jóvenes inmortales* de entre 18 y 22 años²⁶.

La tristeza ante el horror, como visión de trauma de guerra permanente tras la caída de los amigos y compañeros (*fellows and comrads*), resulta así habitual dentro de los testimonios analizados para las Guerras Napoleónicas en la Península. Tal sería la dura sensación del oficial Joseph Moyle Sherer después de encontrarse con los restos humanos de los compañeros de su regimiento: “La escena de aquella mañana causó en mí una impresión profunda y duradera. Es cierto que desde entonces he visto muchos horrores, y que bien podrían haberme enseñado a pensar en ello a la ligera [...]; pero las primeras impresiones son demasiado poderosas para ser olvidadas”²⁷.

Y tal circunstancia, más todavía, cuando los combatientes habían sido testigos del óbito no sólo de amigos, sino igualmente de miembros inocentes de la población civil. Dichas pautas nos llevan a la siguiente variante de la tipología estudiada, aquella que hemos denominado como “los cadáveres propios” o, con más franqueza, *nuestros muertos*. La terminología la hemos recogido de las propias fuentes cuando en diversas ocasiones los combatientes británicos se refieren a sus hombres fallecidos muy cercanos como “*our dead men*”. Tal arquetipo abarca tanto a camaradas (*comrads*) como amigos (*fellows and friends*). Las alusiones tras el paso del tiempo a los amigos caídos en combate parecen ensalzarse hasta el punto de alcanzar a veces el nivel del mito privado. Por los datos a la vista, la memoria en guerra (en las guerras) acerca de estos temas se hace intensa hasta la extrapolación, soslayando cualquier mediocridad vital y humana, elevando así a quien fenece a la categoría de *héroe* anónimo, como en muchos de los casos británicos; es decir, buscando una imprescindible sublimación personal ante el absurdo absoluto. De otra parte están los testimonios que expresan la impotencia frente a la muerte de camaradas y amigos, tanto en los campos de batalla como esencialmente en las enfermerías y hospitales. Y ello, ante la evidente ausencia para la época de medios técnicos, así como a consecuencia de la propia frialdad de los cirujanos y del personal sanitario adjunto con respecto al trato de los cuerpos ya sin vida:

Al estar lleno de enfermos el Hospital de Hythe, comenzaron a utilizarse barracones en los cuarteles como hospitales; pero como las muertes continuaban y las salas estaban completas, los hombres eran constantemente trasladados, [...] y el Hospital se acabó convirtiendo en una tumba [...]. Yo fui apartado gradualmente de la zona de los muertos, hasta que me subieron a una esquina de la Sala; allí situado, tuve mucho tiempo libre para observar las desgracias de mis compañeros y atestiguar su final. Unos murieron sangrando silenciosamente, y otros acabaron falleciendo de manera muy distinta (atados a las camas por la violencia de sus convulsiones). Otros

26 En tal sentido, J. Donaldson, en *Recollections of the Eventful Life of a Soldier...*, p. 230, hace balance de la sobrecogedora vida de los soldados británicos, especialmente durante la Campaña del Duero de 1812-1813, lo cual incide en la trascendencia que planteamos sobre la amistad ante circunstancias tan adversas: “*When we look back twenty or thirty years, and consider what the army was then, and what it is now, the wonder will be, not that it is not in a better state, but that so much has been done to ameliorate the condition of the soldier. Then he was one of the veriest slaves existing, obliged to rise two or three hours before day to commence his cleaning operations [...]. When to this was added the supercilious tyrannical demeanour of his superiors, who seemed to look upon him as a brute animal who had neither soul nor feeling, and who caned or flogged him without mercy for the slightest offence, we cannot wonder that he became the debased being, in body and mind...*”.

27 J. M. Sherer, *Recollections of the Peninsula...*, texto original en inglés en p. 45. Entrada en España de los británicos por Extremadura, marzo de 1812.

muchos se levantaban del catre entre tinieblas en pleno delirio, feneciendo sobre el piso durante la misma noche [...]. Yo llegué a ver a uno o dos camaradas de la vieja Península, quienes a menudo habían luchado valientemente en el campo de batalla, muriendo dentro de aquel Hospital en condiciones miserables, siendo luego apilados sus cuerpos unos encima de otros como barriles²⁸.

Se trataba de una grave ausencia de humanidad, de una clara desidia en el empleo de recursos para un final adecuado y, a la postre, de una grave falta punible por las leyes al no otorgar dignidad para quienes habían fallecido en condiciones penosas “*al servicio del Ejército de Gran Bretaña*”. Es decir, y según se desprende de la esencia de este testimonio: de nuevo *héroes* sin nombre. La cuestión del trato a los cuerpos de amigos heridos y fallecidos, sin el respeto que se consideraba debido, parece casi una obsesión entre muchos de los combatientes que sobrevivieron (fuera cual fuese su condición social entre las capas populares de aquellas tropas).

Tales supervivientes, en cuanto tenían ocasión, procuraban inhumar o quemar los restos con un profundo sentido de lo definitivo (incluidos los despojos de los enemigos imperiales). Ello nos conduce a la última variante básica para este apartado: “el recuerdo final digno: los entierros y las sepulturas (*The Memorial*)”. El concepto de *The Memorial* con respecto a los colectivos humanos caídos por Gran Bretaña (bajo los parámetros argumentales del nacionalismo británico, inglés o del propio Imperio Británico) se manifiestan hasta hoy como un *Icon* de gran poder ideológico a lo largo de un mundo prácticamente casi intocable oficialmente en lo relativo a la construcción social y nacional de su pasado contemporáneo.

Empero, el momento clave en la historia reciente donde surge tal veneración, por la percepción del *Memorial*, es precisamente la amalgama bélica que representan las Guerras Napoleónicas. Los orígenes básicos de tal construcción icónica dentro de la *formación social* que es el actual Reino Unido contemporáneo resultan esencialmente humildes, sobre todo si los acercamos a las relaciones de amistad y camaradería de la Guerra de España, todo ello por encima de contenidos ideológicos más oficiales y propios de las élites. Al respecto, numerosos contendientes ingleses siempre sacaron tiempo, en el momento que las circunstancias lo permitían, para enterrar a los camaradas y amigos muertos “*con la mayor decencia y respeto*”²⁹.

En definitiva, la percepción colectiva del *trauma de guerra* ante la muerte, por parte del amigo que sobrevive ante un hecho tan radical, nos lleva a concluir estas líneas con un compendio clave de percepciones a raíz de la estructura completa de investigación derivada del conjunto del presente análisis. De este modo, y en primer término, el amplio marco emocional de la amistad se nos muestra como un fenómeno de especial trascendencia para los combatientes británicos de la época, representando uno de los principales factores de cohesión social y militar a lo largo de las guerras napoleónicas en España y Portugal, llegando incluso en el recuerdo a trascender hasta el final de las vidas de quienes publicaron sus testimonios personales acerca de la temática.

Por otro lado, no debemos olvidar que la amistad en nuestro análisis se muestra como un específico haz de emociones matizadas por las distintas tipologías de aquellos momentos precisos en que se produce y desarrolla, manifestándose en este devenir, precisamente como punto culminante, la desaparición física del amigo (o de los amigos). Así pues en el transcurrir de los combates (es decir batalla tras batalla y riesgo tras riesgo en lo personal

28 B. Harris, *The Recollections of the Rifleman Harris...*, texto original en inglés en pp. 117-118. Dentro del Hospital británico de campaña al regreso de las tropas; principios de febrero de 1809.

29 Sergeant, *Memoirs...*, p. 121. Tras la Batalla de Fuentes de Oñoro, 5-5-1811.

y lo común) las amistades más profundas reposan, a lo largo de un amplio periplo, desde el reparto de la comida y las guardias hasta esencialmente la *diferencia entre la vida y la muerte*, estableciéndose esto último como factor de unión humana por encima de la propia organización castrense, todo ello tal y como apuntan los datos. De esta manera, la amistad resulta causa en sí misma de la permanencia de muchos individuos dentro de las unidades de combate, pues asienta la forja de los pequeños segmentos humanos de mayor solidez en cada grupo a raíz, en último término, del sentido de la supervivencia en su orientación más plausible.

De hecho, entre multitud de combatientes hemos podido apreciar que el concepto de la amistad y las emociones que conllevaba sobrepasaron las rígidas pautas del Ejército Británico en lo relativo a lo disciplinario e ideológico, desencadenando actos puramente emocionales y claramente irracionales, siendo el caso de la desobediencia de las normas en cuanto a salvar compañeros heridos, cubrir sin apenas estrategia alguna a los amigos del grupo en retirada, ofrecer sepultura a los compañeros caídos en combate de manera espontánea, o bien quedar paralizado ante la visión del deceso de un camarada en campo abierto³⁰. Todo ello con el evidente y grave riesgo de enfrentarse a la oficialidad militar o, por el contrario, de sufrir una muerte aparatosa frente al enemigo.

De otra parte, si bien se dan por asumidos el respeto a la bandera y a los estandartes, así como a los jefes (como factor de trasfondo más bien), no obstante se diluye la percepción de *la causa* de la lucha ante la dureza paulatina de las refriegas. Tal situación se puede comprobar especialmente a partir de la Campaña de Portugal de 1810, acelerándose el proceso desde la batalla de La Albuera en 1811 y haciéndose vertiginoso a lo largo de 1812 y 1813 con Arapiles, la Campaña del Duero, el combate de Vitoria y la entrada posterior de las unidades aliadas en Francia. En tal aspecto, la mentada *diferencia entre la vida y la muerte* representa en el acontecer paulatino de los combatientes la principal causa de la cohesión interna de los lazos humanos de muchas unidades (incluida la complicidad de múltiples oficiales). Más allá de los beneficios materiales que pudieran obtener aquellos hombres (la paga, los expolios o incluso los honores militares), la posibilidad de sustentar una actitud vital constante durante tanto tiempo únicamente corresponde al campo de las mentalidades, y de ellas especialmente las referidas, a través de los testimonios, a los lazos de las relaciones personales de la amistad.

Así pues, y a modo de balance final con respecto al conflicto napoleónico en la Península, concretamente en relación a la Guerra de la Independencia dentro España, podemos señalar tres pautas claves. En primer lugar, se ha detectado que los lazos de cohesión gestados a partir de los conceptos de “camaradería” y “amistad” entre las tropas del Reino Unido permitieron una solidez social que incidió abiertamente de manera positiva en la resistencia castrense de los británicos como grupo armado a gran escala. En segundo lugar, dicha solidez posibilitó una *eficaz humanización* de la férrea disciplina de los mandos ingleses, redundando en el triunfo de las contraofensivas claves de la Segunda Campaña de Portugal (1810), la liberación de Madrid tras el combate de Arapiles (1812) y el contragolpe final de 1813, especialmente desde el avance por la Línea del Duero, hasta llegar a las acciones bélicas ya dentro de territorio francés; es decir, la eficacia clave de los británicos durante la Guerra de la Independencia fue fruto de su organización, su logística, su liderazgo

30 En tal sentido, cabe hacer mención a un emotivo recuerdo del soldado veterano Benjamin Harris, hombre evidentemente sensible y no embrutecido, a quien se le quedó grabada la siguiente imagen tras la muerte de otro de sus compañeros: “*The brave man had fallen covered with wounds. His countenance was sadly disfigured, and suffused with blood. She fell upon his face, and kissed his faded lips*”. En B. Harris, *The Recollections of Rifleman Harris...*, p. 20. Primera Campaña de Portugal, 12-7-1808 / 22-8-1808.

y sus innovaciones tecnológicas, pero también dependió de forma determinante de los lazos de confianza establecidos en el tiempo entre los individuos de sus tropas, factor que por cuestiones de mentalidad grupal no hemos percibido a tal escala colectiva ni entre los combatientes portugueses y españoles, ni dentro de los efectivos imperiales del Ejército napoleónico. Finalmente, y en tercer lugar, se ha de hacer notar que, por los datos, la proyección social de estos lazos emocionales entre las unidades británicas no traspasó sin embargo el umbral en sí de las guerras peninsulares, estableciéndose una abierta desconexión al regreso de los veteranos entre los valores imperantes dentro de la sociedad del Reino Unido y la calidad de los lazos humanos gestados en las duras experiencias del proceso bélico. De ahí el aislamiento personal de gran parte de los supervivientes dentro de su propio país, y de ahí también la necesidad colectiva (más allá del propio beneficio material) que se desprende continuamente de los testimonios analizados de "contar lo ocurrido", de "publicitar lo acontecido". La repercusión en las mentalidades de los lazos establecidos entre los combatientes ingleses en el seno de las sociedades británica, española, portuguesa o francesa en las Guerras Napoleónicas de la Península se percibiría mucho después; prácticamente a partir de la generación siguiente.

Antes de concluir, es necesario reseñar que también fueron muy frecuentes la *enemistad* y la *rivalidad* entre los combatientes británicos, en contraposición al fenómeno de la *amistad*, y que incluso las *amistades por interés* (aquellas que desaparecían al más mínimo síntoma de riesgo) hemos comprobado igualmente que nutrían una amplia porción de las relaciones humanas entre la tropa de medio y bajo rango. Empero, las emociones detectadas por las amistades más sólidas dentro de este contingente armado representan un elemento distinto, clave y selectivo de solidaridad que se reitera de manera constante en las argumentaciones de sus testimonios. A lo largo de los párrafos analizados, entre aquellos hombres la razón de la coexistencia parecía obedecer a las *emociones positivas* con respecto al conjunto de los lazos humanos, donde la *acción buena* entre grupos concretos de individuos daba como claro exponente un paulatino *sentimiento de aprobación* colectivo. Dicho *sentimiento* les permitía consolidar vínculos personales y resistir, a su vez, la dureza de lo cotidiano así como inclusive la brutalidad de la *excepcionalidad en guerra*. De esta manera, el crisol emocional de la amistad posibilitaba, por tanto, sustentar una realidad a veces casi imposible... Una realidad que abocó a muchos a ser "Amigos en el Averno".